

13 de mayo de 2021 -- Solemnidad de la Ascensión, "B"

Hechos 1:1-11; Ef 4:1-13; Mc 16:15-20

Homilía

El evangelista Lucas es el único que nos da una descripción de la Ascensión. Los otros tres evangelistas no separan el momento de la resurrección del de su entrada definitiva en la gloria del Padre. El último capítulo del Evangelio de Marcos, que acabamos de escuchar, es un añadido posterior tomado de Lucas.

Además, Lucas nos ofrece dos relatos de la Ascensión, uno al final de su Evangelio y otro al principio del Libro de los Hechos. Estos dos relatos de Lucas no son totalmente concordantes. Por lo tanto, sería inútil intentar reconstruir una descripción histórica de los hechos combinando los detalles de los dos relatos, ya que el objetivo de Lucas no es describir un acontecimiento, sino dar una enseñanza espiritual y teológica.

En su Evangelio, al que llama "primer libro", Lucas había descrito la vida de Jesús entre sus discípulos. Luego comienza su "segundo libro", que llamamos los "Hechos de los Apóstoles", con el relato que hemos escuchado en la primera lectura. En su habitual lenguaje simbólico, describe cómo una nube descendió sobre el lugar donde estaban los Apóstoles y cómo Jesús, después de haberles dado sus últimas recomendaciones, desapareció en esta nube. Esta será su forma de estar presente entre los hombres a partir de ahora. Observemos por un momento la imagen de la nube.

Uno de los momentos clave de la historia del pueblo judío en el desierto fue la conclusión de la Alianza. Moisés, dejando al pueblo al pie del monte Sinaí, subió solo a la montaña, y ésta se cubrió con una nube. La gloria del Señor permaneció en la montaña y la nube la cubrió durante seis días (Éxodo 24:15). Del mismo modo, unos siglos más tarde, cuando el Arca de la Alianza fue entronizada en el templo de Salomón, una nube llenó la casa de Yahvé, y la gloria del Señor llenó todo el lugar, de modo que los sacerdotes no podían realizar sus tareas porque la gloria de Dios llenaba la casa (1 Reyes 8:10).

La nube en la Escritura siempre significa una presencia misteriosa de Dios. Dios no se puede tocar, pero está ahí, tanto revelado como oculto. Su presencia lo impregna todo. Todos los maravillosos relatos de la Iglesia primitiva que hemos leído en nuestras celebraciones litúrgicas desde la Pascua describen la vida de

los primeros cristianos bajo esa nube, protegidos y guiados por la presencia de la gloria de Dios -la gloria de Cristo- en esa nube.

Más de dos mil años después, seguimos viviendo bajo esa nube, que nos revela la presencia de Dios, a quien todavía no podemos ver cara a cara. Vivimos en el período de la fe y la esperanza. Podríamos decir que cuanto más espesa se vuelve esta nube, que es también el símbolo de la ausencia, incluso opresiva, más real y efectiva es la presencia.

El último capítulo del Evangelio de Marcos, tomado de San Lucas como dije al principio, nos cuenta las últimas palabras de Jesús antes de entrar en la nube. Habla de los signos que acompañarán a los que crean en esta misteriosa presencia: "En mi nombre expulsarán a los espíritus malignos, hablarán una nueva lengua, tomarán serpientes en sus manos y beberán veneno mortal sin sentir ningún daño. Harán el bien a los enfermos imponiéndoles las manos". No se trata de milagros, sino simplemente de la protección del Señor contra todas las formas de maldad mientras uno permanezca bajo la protección de esta presencia misteriosa y oculta.

Hoy en día se habla mucho de crisis: la crisis económica, las crisis políticas, la crisis social, las crisis de la Iglesia y dentro de la Iglesia. "Crisis" es el nombre que recibe la nube que cubre nuestro mundo. ¿Por qué no mirar esta nube con los ojos de los creyentes y ver en ella una forma de la presencia de Dios que transforma nuestro mundo? En realidad, lo que estamos viviendo ahora, tanto en la Iglesia como en el mundo, no es una crisis. Es un momento de transformación.

Esta nube a veces parece oprimirnos. Así ocurrió con la nube que cubrió el Sinaí cuando Moisés subió a encontrarse con Dios. Así era la nube que llenaba el Templo cuando se entronizaba el Arca de la Alianza. Tan fuerte era la presencia de la gloria de Dios que los sacerdotes ya no podían realizar allí su servicio litúrgico (1 Reyes 8:10). Así ocurrió con las persecuciones que se desataron sobre los primeros cristianos.

Desde el Vaticano II, quienes quieren vivir su mensaje han intentado "hablar un nuevo lenguaje al mundo", como hace el Papa Francisco. Habiendo hecho una opción preferencial por los pobres y los pequeños del Reino, a veces tienen que tomar serpientes en sus manos e incluso beber veneno mortal, como un Oscar Romero. Otros ofrecen sus manos a los enfermos. La disminución radical del número de sacerdotes se considera a veces un resultado de la secularización y la descristianización, que hace que las celebraciones litúrgicas sean más difíciles y menos frecuentes. ¿Y si fuera el resultado de una

presencia más fuerte de la gloria de Dios recreando el mundo y reconfigurando su Iglesia? ¿Por qué no privilegiar esta visión de esperanza en lugar de una de desaliento?

San Pablo, al decirnos en su carta a los Efesios que Jesús "ascendió" porque primero había "descendido", expresa la misma idea tan maravillosamente expresada en su carta a los Filipenses. Es porque el Hijo de Dios se hizo hombre, descendiendo a lo más profundo de nuestra humanidad, que fue exaltado por el Padre, llevándonos a todos con él en este movimiento ascendente hacia el Padre.

Cuando la nube se cernió sobre las aguas en el primer día de la creación, provocó el nacimiento de la vida allí. Cuando se cernía sobre María, hacía descender a su humanidad y a la nuestra la plenitud de la divinidad. No temamos todas las nubes que nos cubren, aunque parezcan oprimirnos. No sólo Dios está presente en ellas, sino que uno de nosotros, el Dios hecho hombre, ha entrado en ellas, mostrándonos el camino y esperándonos allí.

Armand VEILLEUX